

Pero si desde luego tuvimos necesidad de disentir de la Comisión por este motivo, no podíamos ya en manera alguna estar conformes con su conclusión, al oír de boca de ella, y lo que más nos sorprendió, de la del Presidente del Consejo de Ministros, que el espíritu de esa conclusión no era otro que el de obtener de V. M. que no abdique hasta que las fuerzas francesas no se retiren del territorio nacional y entreguen al gobierno los elementos de guerra necesarios para luchar y continuar la guerra civil, que tal era el significado de la palabra «por ahora;» y todo esto al mismo tiempo que se expresaba el convencimiento de que en la lucha no se triunfaría.

Comprendimos entonces, que no había sinceridad y franqueza, en decir que las causas alegadas por V. M. no eran suficientes; que no la había tampoco en la súplica de que siguiese ocupando el trono, y que las pasiones de determinado partido tendían á precipitar á V. M. en una senda indigna de sus bellas cualidades públicas, para servir á los rencores de una facción, apartando á V. M. de aquellos que, como los que suscriben, no podrían en caso alguno aconsejar á V. M. otra cosa que la tolerancia con todas las opiniones, aprovechando de cada comunión política lo que en ella pueda haber de sano y noble.

Presentada la proposición con tal carácter y tendencias, nos sentimos heridos profundamente en nuestros sentimientos de patriotismo y en los de amor y respeto á V. M.

Entendimos que no debíamos hacernos partícipes de miras que nuestra conciencia reprueba y que el honor de V. M. y el decoro de su trono, que constituyen también el honor y decoro de sus compatriotas, exigen de nosotros que en momentos de tamaña gravedad le hablemos con toda franqueza y sin embozo, y por esto nos apartamos del dictámen de la Comisión.

Nunca temimos, Señor, que V. M. al abdicar, si tal es su Soberana resolución, lo haga dejando manchado su buen nombre que sufriría grandemente si resignaba el poder sin condiciones. Conocemos demasiado los nobles y elevados sentimientos de V. M., para estar firmemente convencidos de que cualquiera que sea la determinación que se digna tomar, dejará siempre asegurados los intereses sociales creados por el Imperio, la integridad y la independencia del territorio nacional.

Según V. M. se ha dignado hacer saber á sus Consejos, han tomado á su cargo fijar el porvenir de México dos naciones poderosas. ¿Quién con más elementos que V. E. pudiera pugnar por la garantía de esos intereses y de esa independencia?

Acaso y sin acaso, se exija de V. M. y de México el sacrificio de la forma de su gobierno. V. M. es demasiado generoso para no hacerlo por un país al que ha dado tan altas pruebas de amor.

Nuestra opinión que respetuosamente sometemos á V. M. es, pues, la expresada en la forma siguiente:

Subsistencia del Imperio en sentido absoluto.

Resignación del poder, si á este precio considera V. M. que puede afianzar la paz, ya independencia y los intereses mexicanos creados por aquel.—M. Siliceo.—Luis Méndez.—Felipe Hernández.—José Linares.—P. Almazan.—Manuel Orozco y Berra.—Manuel Cordero.—Victor Pérez.—Al Emperador.”

Sea que Maximiliano tuviese ya preconcebida una resolución, ó que se sometiera á lo acordado por los Consejos, no insistió más, dió un Manifiesto en el que trazó á grandes rasgos la historia de su venida, apoyándola en la voluntad na-



*Sra. Concepción Lombardo de Miramón.*

Terminado el sitio de Querétaro, en 14 de Mayo de 1867, los generales imperialistas fueron sometidos al consejo de guerra. Sentenciado á muerte el general Miguel Miramón, la señora su esposa hizo esfuerzos sobre-humanos para salvarlo; se presenta en San Luis Potosí al Presidente D. Benito Juárez; implora sollozando, la vida del esposo sentenciado á muerte, y á la vez los niños solicitan con sus lágrimas el perdón de su padre. El Presidente Juárez se manifiesta inexorable, frío é impassible; contesta que le es imposible impedir que la justicia sea satisfecha y que se cumpla la sentencia de muerte. La señora de Miramón se desmaya, y es necesario sacarla en brazos del aposento en que se desarrolló tan patética y conmovedora escena.

cional; dijo que su ánimo había sido devolver á la Nación el poder que le confiara; pero que creyendo los consejeros y ministros que el bien de México exigía su permanencia en el país, había accedido á sus instancias, á condición de que se reuniese un Congreso nacional apoyado en bases amplias y liberales, para que llamados todos los partidos, se decidiese si había de continuar el Imperio y en este caso le ayudaran á la formación de leyes para consolidar las instituciones. ¿Pudo darse mayor falta de conocimiento de las circunstancias políticas en que se encontraba la Nación? La conducta observada por Maximiliano, daba á entender que completamente desconocía al país que aun quería gobernar. ¿Cómo esperar que los juaristas, ya tan fuertes y tan seguros del triunfo se prestarían á un arreglo que habían rehusado en los días de prueba y de abatimiento?

Los Consejos sentíanse impulsados por las pasiones de hombres y las pasiones de partidarios que los animaban; influían en su ánimo los rasgos de severidad que marcaban cada paso de los republicanos y que hacían temer á los imperialistas que su porvenir fuera el cadalso; los conservadores debían querer, por sus convicciones y por temor á las represalias, sostenerse en el poder y en aquel acto no tenían más caudillo posible que Maximiliano, en tanto que los liberales partidarios suyos, con la retirada del Emperador se encontraban sin su único apoyo y tendrían que decidirse por los conservadores, cuyas teorías repugnaban ó por los republicanos de quienes eran rechazados y á quienes no podían acudir si aun conservaban un resto de dignidad.

Maximiliano durante su administración, se había complacido en decir con demasiada frecuencia, que él no había venido al país por el llamamiento de los franceses, sino por la libre elección de los mexicanos; que él nada tenía de común con aquel ejército extranjero y aun pensó á veces en que se retirara y sustituirlo con fuerzas mixtas. El jefe francés que descubrió estas intenciones, siempre impidió la creación de fuerzas nacionales é inutilizó con estudiado empeño los servicios que pudieran haber prestado los austriacos y los belgas. Los que se oponían á la abdicación de Maximiliano opinaban que obedecer la indicaciones de los franceses, habría sido tanto como renegar de uno de los principios que habían dado al Imperio un colorido de nacionalidad. Además, la retirada del Emperador lejos de ser un medio que pusiera término á la guerra civil, se calificaba un nuevo combustible para guerras más desastrosas en lo futuro. Suponían que el decaimiento en que Maximiliano se encontraba, debido á los acontecimientos de la actualidad, sería momentáneo. Los que optaban porque continuara Maximiliano, se preocupaban muy hondamente en aquella época con lo que se decía de los Estados Unidos, de sus miras sobre México y de sus compromisos con el gobierno republicano. Con razón ó sin ella se divulgó y así lo expresaba la carta de Maximiliano á los consejeros, "que se habían entablado relaciones entre el gobierno del Emperador de los franceses y los Estados Unidos, para asegurar una mediación franco-americana, en virtud de la cual ambas potencias se prometían poner término á la guerra civil que por tanto tiempo había desolado este



Sta. Concepción Comandante de Maximiliano

El Emperador Maximiliano, en su carta al Congreso, dice que su intención era devolver el poder á la Nación, pero que accedió á las instancias de los ministros y consejeros, á condición de que se reuniese un Congreso nacional, para que se decidiese si había de continuar el Imperio. Este hecho demuestra que Maximiliano no tenía una idea clara de las circunstancias políticas de México, y que se dejó guiar por los intereses de los partidos que lo rodeaban.